

Discurso de respuesta al Miembro de Número electo Licdo. Miguel Guerrero*

*José Luis Sáez Ramo, S. J.***

La querida presidenta, doctora Mu-Kien Sang Ben, me puso en la disyuntiva de sí o sí, cuando me encomendó responder esta noche al nuevo Miembro de Número, Licdo. Miguel Guerrero. Y ahora, aunque no sé bien cómo funciona este ceremonial (soy primerizo en esto y en muchas otras cosas), trataré de comentar, ante todo, lo que supone que un periodista de profesión sea ahora académico de número de la Academia Dominicana de la Historia y no de la Lengua, como muchos supondrían o preferirían.

Además, el Licdo. Guerrero no es el primero. Le antecede nuestro vicepresidente, el también Licdo. Adriano Miguel Tejada, que sigue siendo periodista, y vive de eso, al menos hasta donde yo conozco. Otros anteriores, aunque no lo ostentasen, ejercieron el periodismo y no solo de manera ocasional. Yo mismo lo he ejercido durante varios años, en varios medios y en varias funciones, hasta el penoso y eufemístico “corrector de estilo” en los primeros años de *El Siglo*.

* Pronunciado el 8 de mayo de 2019 en el Salón de Actos del Archivo General de la Nación.

** Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia. Secretario de la Junta Directiva 2019-2022.

Para nadie es un secreto que el periodismo, y mucho más los periodistas han sido menospreciados, o por lo menos, minusvalorados. Muchas personas piensan que los periodistas son superficiales y andan siempre deprisa, su lenguaje es estereotipado, su vocabulario escaso y su dominio de la lengua es, cuando menos zarrapastroso (no está en el Quijote). Yo conozco, sin embargo, más de dos o tres historiadores y hasta Miembros de Número, sin señalar, que también merecen el adjetivo de zarrapastrosos de la lengua. Parece que ese vicio tan extendido no es exclusivo de una profesión.

De la abundante producción del nuevo académico, he leído, por lo menos, y con verdadero deleite, *Enero de 1962. El despertar dominicano* (1988), *El golpe de Estado* (1993), y *Trujillo y los héroes de junio* (1996). Y basándome en esas obras precisamente puedo hablarles del tipo de metodología que usa con probado éxito. De una metodología a que se mantiene fiel, y que tiene tanta validez como la que usan, con tanta devoción y orgullo los historiadores que llamamos tradicionales.

Pudiera ser que al método en cuestión se le acusara de primitivo, de dictado por la urgencia, de superficial. No es así. El método que usa este nuevo académico, y el periodismo serio, también exige rigor y seriedad. Pero, a diferencia del otro, hace uso de fuentes orales, de testigos presenciales, pero con la seriedad que impone la crítica, una de las virtudes que se exigen al buen periodista. ¡Cuánto tenemos que agradecerle al periodismo inglés por haber impuesto y haberle dotado de carta de naturaleza al ensayismo en la prensa europea del siglo XVIII!

El método a que me refiero hace posible también que el historiador no tradicional pueda también combatir mitos, deshacer o enderezar entuertos (eso sí está en el Quijote). Y una de las habilidades de este nuevo académico es hablar claro, desmentir lo que dábamos por sentado, cuando hacía años que sospechábamos que estaba de pie.

La temática que el autor trata en sus trece trabajos, y como es obvio en este trabajo de ingreso sobre la persecución que sufrieron los testigos de Jehová en la tiranía de los 30 años, sin olvidar el triste papel que hizo el arzobispo Ricardo Pittini en ese ejemplar episodio de intolerancia, recurre ante todo al método y recurso de investigación tradicional, valiéndose de los fondos estatales del Archivo General de la Nación.